

XXIV

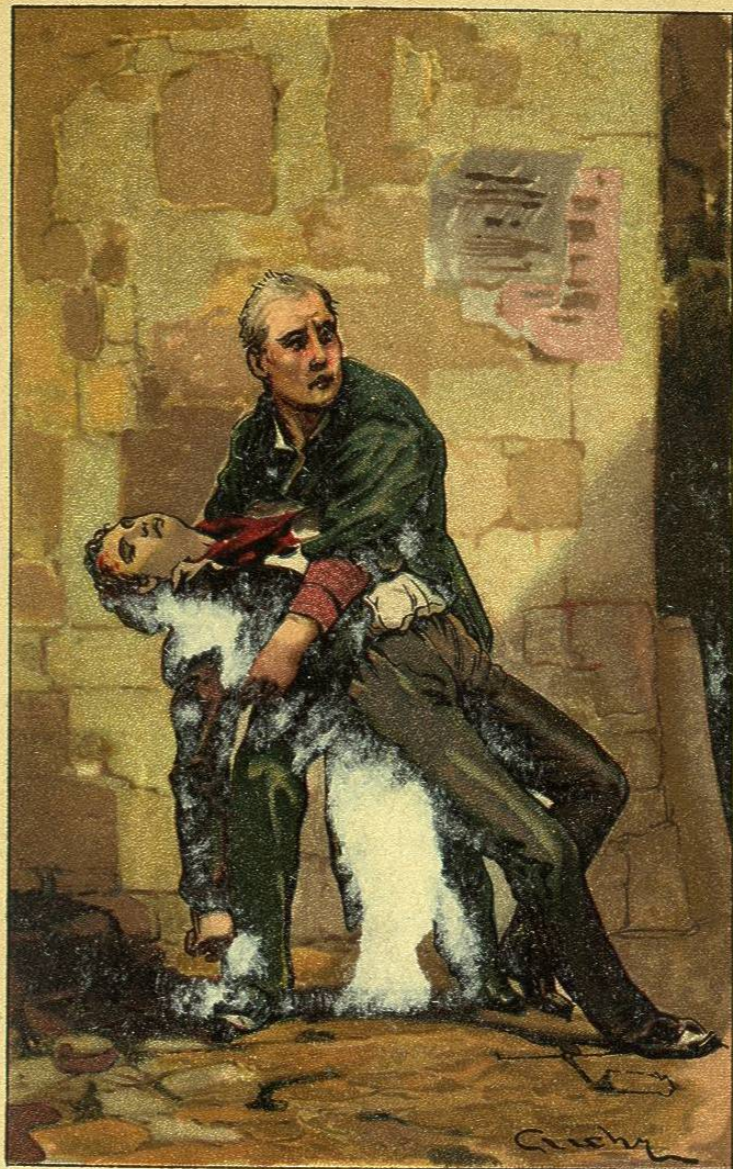
PRISIONERO

Mario era prisionero, en efecto. Prisionero de Juan Valjean.

La mano que le había asido por detrás en el momento de caer, y cuya presión había sentido al desmayarse, era la de Juan Valjean.

Juan Valjean no había tomado más parte en el combate que la de exponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en los heridos. Gracias á él, presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caían eran levantados, trasladados á la sala baja y curados. En los intervalos reparaba la barricada. Pero nada que pudiera parecerse á un golpe, á un ataque, ni siquiera á una defensa personal, salió de sus manos. Se callaba y socorría. Por lo demás, apenas tenía algunos rasguños. Las balas le habían respetado. Si el suicidio entró por algo en el plan que se propuso al dirigirse á aquella tumba, el éxito no le había favorecido. Pero dudamos que hubiese pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, no aparentaba ver á Mario, siendo así que no le perdía de vista un solo instante. Cuando un



Mario prisionero.

balazo derribó á Mario, Juan Valjean saltó con la agilidad de un tigre, se arrojó sobre él como si se tratara de una presa y se le llevó.

El remolino del ataque estaba entonces concentrado tan violentamente en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean, sosteniendo en sus brazos á Mario sin sentido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo en la calle, y protegía contra las balas, la metralla y hasta las miradas, algunos piés cuadrados de terreno. Hay á veces en los incendios habitación que no arde y en los mares más alborotados, detrás de un promontorio, ó al fin de una serie de escollos, un rinconcito tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada había agonizado Eponina.

Allí se detuvo Juan Valjean, puso en el suelo á Mario, se respaldó contra la pared y miró en derredor.

La situación era espantosa.

Por el momento, y quizá durante dos ó tres minutos, aquel lienzo de pared era un abrigo; pero ¿cómo salir y librarse de la matanza? Acordábase de la angustia que había experimentado ocho años antes, en la calle de Polonceau, y de qué manera había conseguido salir del apuro; pero si entonces era difícil, ahora era imposible. Tenía ante sí aquella casa sorda é implacable de seis pisos, que no parecía habitada más que por el hombre muerto del ventanillo; á la derecha estaba la barricada bastante baja que cerraba la Pequeña Truanderie, y aunque no ofrecía mayor dificultad salvar este obstáculo, distinguíase por cima del parapeto una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, situada al otro

lado de la barricada y en acecho. No cabía duda de que atravesar el parapeto equivalía á ir á buscar una descarga cerrada, y de que toda cabeza que se atreviera á mostrarse en lo alto de la pared de adoquines, servía de blanco á sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo del combate. Detrás del ángulo de la pared estaba la muerte.

¿Qué partido tomar?

Sólo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en el momento, hallar un recurso, adoptar una resolución. A algunos pasos de aquel sitio se combatía y por fortuna todos se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la taberna; pero si se le ocurría á un soldado, á uno no más, dar vuelta á la casa ó atacarla por el flanco, todo habría concluído.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha y, por último, el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó á adquirir forma ante él una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto pedido. Vió á los pocos pasos y al pie de aquel pequeño parapeto, con tanto rigor custodiado y vigilado por fuera, bajo un hundimiento de adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada de plano y á nivel del piso. Esta reja, compuesta de fuertes barrotes transversales, tenía unos dos piés cuadrados. El marco de adoquines que la sostenía había sido arrancado y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entreveía una abertura oscura, parecida al cañón de una chimenea ó al cilindro de una cisterna. Abalanzóse Juan Valjean. Su antigua ciencia de las evasiones le ilu-

minó el cerebro como una claridad. Apartar los adoquines, levantar la reja, echarse á cuestras á Mario, inerte como un cuerpo muerto, bajar con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, á aquella especie de pozo, felizmente poco profundo, volver á dejar caer la pesada trampa de hierro, que los adoquines, derrumbándose, cubrieron de nuevo, asentar el pie en una superficie embaldosada á tres metros del suelo, todo esto fué ejecutado como lo que se hace en el delirio, con la fuerza de un gigante y la rapidez de un águila; apenas empleó unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean, con Mario siempre desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo.

Reinaba allí una paz profunda, silencio absoluto, noche.

Se le vino á las mientes la impresión que había experimentado en otro tiempo cuando saltó de la calle al convento. Sólo que ahora no llevaba consigo á Cosette, sino á Mario.

Apenas oía encima de su cabeza como un vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.